



*Tentaciones*

*Joanna Cruz*



# **Tentaciones**

**Joanna Cruz**

## **TENTACIONES**

© del texto: Joanna Cruz

© portada: Salva Plans Vidal

© traducción: Marga Juanós

Bubok Publishing S.L., julio 2017

Impreso en España / *Printed in Spain*

Editado por Bubok

Este libro no podrá ser reproducido  
ni total ni parcialmente,  
sin el permiso escrito del escritor.  
Todos los derechos reservados.

*A todas las personas que,  
no han dejado de confiar en mí.*



## Índice

PRÓLOGO	9
CAPÍTULO 1	17
CAPÍTULO 2	27
CAPÍTULO 3	37
CAPÍTULO 4	47
CAPÍTULO 5	55
CAPÍTULO 6	67
CAPÍTULO 7	75
CAPÍTULO 8	85
CAPÍTULO 9	93
CAPÍTULO 10	99
CAPÍTULO 11	107
CAPÍTULO 12	119
CAPÍTULO 13	125
CAPÍTULO 14	141
CAPÍTULO 15	149
CAPÍTULO 16	155

CAPÍTULO 17	161
CAPÍTULO 18	167
CAPÍTULO 19	175
CAPÍTULO 20	181
EPÍLOGO	189



## PRÓLOGO

Hace diez años pude estar con Paula. Poder tocar cada rincón de su piel, oler su pelo y disfrutar de sus caricias. Entonces yo tenía veinte años y ella veintidós.

En aquella época, yo me parecía bastante a Dídac. Los dos llevábamos el pelo corto, más o menos del mismo color, él algo más claro. Vestíamos con el mismo estilo y era mucha la gente que nos confundía, o nos preguntaba si éramos gemelos. No me molestaba, siempre había pasado y yo lo encontraba de lo más normal. Pero a partir de aquel día, no quise que nos pareciéramos nunca más.

Un viernes por la noche, a mediados de mayo, no muy tarde, llegaba de tomar unas cervezas con Toni y Miquel. Ellos dos se animaron a salir de pubs, pero yo estaba demasiado cansado. Había madrugado, no había comido en casa y apenas salir de la universidad, ya estaba en el bar con ellos. No tenía ganas de ir de marcha, a pesar de la insistencia de mis amigos.

Aparqué la moto dentro del garaje y cuando estaba cerrando, sentí un fuerte golpe, que provenía de la puerta principal de casa. De allí, salía corriendo, como si la

estuviera persiguiendo alguien, Paula. La llamé varias veces, pero no se giró en ningún momento.

Corrí hacia ella, mientras continuaba llamándola.

—¡Déjame en paz! —me espetó, cuando casi estaba a su altura.

—¿Pero qué te pasa?! —le dije yo.

—Ya me has dicho lo que me tenías que decir, ¿no?!  
¡Pues es suficiente! —continuaba diciendo, sin mirarme y caminando a paso ligero.

—Paula —la cogí del brazo y la hice girar hacia mí.

—¡Déjame!

—¿Paula, pero qué te pasa? —le levanté la barbilla, para que me mirara. No entendía por qué no quería saber nada de mí.

Levantó la mirada y me miró fijamente. Tenía los ojos rojos. Algún pelo se le enganchaba en las mejillas, debido a las lágrimas.

Se abalanzo sobre mí y me abrazó. Estuvimos así un buen rato. No me decía nada, ya no lloraba, solamente nos abrazábamos. Mi corazón se iba acelerando, con el contacto de su cuerpo, sin que pudiera evitarlo.

—¿Qué te pasa? —le volví a preguntar, cuando ya nos separábamos.

—¡Dídac es un gilipollas! —lo mismo pensaba yo, pero callé—. Me ha acusado de haberme enrollado con Esteve, que más querría ese imbécil...

Antes de acabar la frase, ya volvía a llorar, supongo, al recordar la acusación de Dídac.

La cogí por la cintura, quería calmarla, no me gustaba verla llorar. Nuestros cuerpos estaban tan pegados que podía notar el calor de su piel.

Íbamos andando en dirección a su casa, no sé porque la seguía, pero en ese momento no me lo planteé. Antes de llegar, nos sentamos en un banco de una pequeña placeta, que está entre dos casas, para hablar más tranquilamente.

Primero, estuvimos criticando a Dídac y poco a poco, la conversación fue cambiando, pasando por diferentes temas. Cuando ya llevábamos bastante rato hablando, me empezó a preguntar por mis novias o aventuras que había tenido. Me puse un poco nervioso y me hice el remolón para no explicárselo. Me daba vergüenza, no había tenido más que un par de rollos y en aquellas ocasiones había pensado en ella, mientras las besaba.

Hacía mucho tiempo que estaba enamorado y ahora, la tenía tan cerca... No podía dejar de mirar sus labios como me hablaban. Nunca habíamos hablado durante tanto rato.

Dídac siempre estaba por allí y yo sólo era su hermano pequeño.

Me sentía como en una nube. Sólo pensaba en qué si realmente habían cortado, yo podía tener alguna posibilidad de conquistarla. Cada vez me hacía más ilusiones. Era pronto para pensar en aquello, ya que sólo había sido una pelea, pero yo no tenía ninguna prisa.

—Me tengo que ir —dijo de repente.

No me esperaba estas palabras, sí que en la conversación, cada vez, había más silencios, pero, tener que despedirme de ella, me asustó. No quería que se marchara.

—Te acompaño —le dije sin pensármelo.

No me respondió, pero tampoco lo rechazó. Intenté andar despacio, pero no vivía muy lejos de allí y en pocos metros, ya estábamos delante de su casa. No sabía qué podía hacer para retenerla un poco más. Le hablaba de cualquier cosa, cosas sin sentido, sólo para arañar unos minutos más. Pero, ya no lo podía alargar y, irremediablemente, nos teníamos que despedir.

—Gracias por hacerme compañía y escucharme. Lo necesitaba.

—Siempre que quieras —le dije.

La rodeé con mis brazos y la pegue a mí, todo lo que pude. La abracé con todas mis fuerzas, no quería soltarla. Cuando noté que se separaba, me lance. Era ahora o nunca. Así que le cogí la cara y la besé, consciente de que podía recibir un bofetón en cualquier momento, lo esperaba, cerraba los ojos fuertemente para recibirlo, pero no llegó. Ella se dejó llevar y respondió a mis besos, con la misma energía con la que yo se los daba. Tenían el mismo gusto que aquellos que me dio cuando tenía dieciséis años, que todavía recordaba y que tanto anhelaba.

No sé en qué momento me arrastró hasta su casa, sólo recuerdo encontrarme en su habitación. Una sala oscura, sólo iluminada por la luz de la farola de la calle que entraba a través de la ventana.

Me hizo sentarme en la cama y ella se puso encima de mí, de rodillas. Estaba muy excitado.

Con su ayuda, le saqué el jersey y pude observar sus pechos de cerca. Unos pechos pequeños, envueltos en un sujetador negro, se presentaron ante mí. Los acaricié muy suavemente. Ella me miraba expectante a los movimientos que hacía. Iba bajando y subiendo la mano desde los pechos hasta el vientre, mientras ella me despeinaba.

Me saqué la camiseta para acercarme a su cuerpo y notar su piel contra la mía. Nos volvimos a besar haciendo movimientos con nuestros cuerpos. Nos sobraba el resto de la ropa. Nuestros besos necesitaban más contacto.

La tumbé sobre la cama y le saqué los pantalones. Sus bragas hacían conjunto con el sujetador y era muy seductor. Después me los saqué yo. Me puse sobre ella y la besé toda. Primero la boca, que estaba medio abierta, esperando ser besada, poco a poco iba bajando por todo el cuerpo, el cuello, el pecho, el vientre... Antes de llegar al lado de las braguitas, me levantó la barbilla, me hizo volver hasta la boca y me besó sin cesar. Casi no podía respirar, pero no me importaba, no podía separarme.

La ropa interior desapareció y por fin, nuestros cuerpos se fundieron en uno. Ella sobre de mí. Nuestro movimiento era lento y compasado. Su cabello largo se movía al mismo compás que nosotros y no me permitía verle los ojos. Yo quería ir más rápido, pero ella tenía el control y hasta que no llegó al clímax, no me dejó llegar a mí.

Me senté, todavía enganchado a ella, y le besé los pechos, el cuello y la boca. Por fin, era para mí.

Después caímos los dos sobre la cama, abrazados y extasiados.

—Oh, Dídac —murmuró con voz entrecortada.

El corazón me hizo un salto y empecé a sudar, sin poderlo evitar. Todo lo que me había hecho sentir en ese rato, se esfumó en segundos. Me puse tenso.

—Lo siento Lluç —dijo, sentándose rápidamente sobre la cama, cuando se dio cuenta de lo que me había dicho—. Quizá sea mejor que te vayas.

Sus ojos se volvieron a humedecer y su expresión denotaba tristeza.

No contesté. Estaba claro. Habíamos hecho el amor, pero en todo momento estaba pensando en otra persona que no era yo. Estaba dolido, muy dolido.

Me vestí con rapidez. Quería marcharme de allí cuanto antes, me sentía utilizado, engañado, por la persona que más quería. Pero, sí hacía unos segundos me quería echar, ahora parecía que no tenía prisa en que me marchara. Me cogió por la cintura, todavía desnuda, y me besó el cuello.

—Paula... —intenté decir, mientras me giraba.

Sus labios volvían a estar sobre los míos y aunque estaba enfadado por haberme confundido con él, no podía dejar de besarla.

—Siento lo que ha pasado.

—Yo no —dije, furioso porque a ella no le hubiera gustado hacer el amor conmigo.

—No me has entendido... Lo que siento es haberte llamado Dídac —lo decía con voz dulce.

La volví a besar.

Poco después me puse en pie para terminar de vestirme. Salí de la habitación un poco mareado, como si hubiera bebido mucho, o estuviera de resaca. Toda la casa estaba en silencio. Intentamos no hacer mucho ruido, sus padres y hermanos estaban durmiendo. Me acompañó hasta la puerta. No nos dijimos nada más. La volví a besar antes de salir fuera a la calle, consciente de que seguramente sería la última vez que lo haría. Ella no se resistió, a pesar de que, no me respondió como en las otras ocasiones.

—Adiós —me dijo con un hilo de voz.

—Adiós —contesté yo.

Era tarde, bastante tarde. Y mientras rehacía el camino hasta mi casa, pensé que ya no me gustaba ser cómo Dídac. Quería ser yo, Lluc. No quería que nunca más nadie me pudiera confundir con él, y menos Paula.

A partir de aquel día, me dejé el pelo un poco largo, una cosa que sabía que él no haría nunca. También me hice un piercing en la oreja, me costó decidirme, tenía miedo, pero



tenía que hacerlo. Me acompañó Toni, que no paró de preguntar, el por qué de todo aquel cambio. Finalmente se lo tuve que confesar.

Desde entonces, nuestra relación cambió. Ya no era sólo el hermano pequeño de Dídac.

Nunca hablamos de lo que pasó aquella noche. Los primeros días, estaba nervioso, no sabía cómo podía reaccionar, o si me diría algo, pero después me calmé y disfrutaba de los abrazos, y los besos cerca de mis labios, que me hacía Paula, cada vez que nos veíamos. Yo dejaba que pasase, incluso, lo deseaba.

No sé si le explicó algo a Dídac, pero nuestra relación cambió, se volvió más tensa, me esquivaba siempre que podía y sus insultos fueron más punzantes de lo que era normal. Debía percibir la actitud de Paula hacia mí, y a mí tampoco me hubiera gustado que mi novia, flirteara con mi hermano.





Lluc siempre fue un clon de su hermano Dídac. No le importó demasiado, hasta que Paula entró en su corazón. Una noche de pasión, seguida de una confusión, hizo que Lluc, quisiera cambiar su aspecto.

Lo que pasó, les marcó a los dos.

Ahora, Lluc, está saliendo con Gemma, una chica fuera de su entorno, que le hace ser feliz.

Pero Paula, sigue muy cerca, más de lo que él cree.

Si has leído "Recuerdos de amistad", no puedes perderte esta novela. Lluc tiene muchas cosas que contar.